

Ciencia y hermenéutica: una panorámica mexicana

JUAN JESÚS ARIAS GARCÍA

Departamento de Política y Cultura, UAM-X

La división del conocimiento y su separación en diferentes clases, así como su alejamiento de la sabiduría, es un rasgo cultural del Occidente, producto de su desarrollo específico; pero es este mismo desarrollo el que ha llevado al conocimiento a la búsqueda de una nueva integración, donde la sobrevaloración de explicaciones clama ahora por el rescate de la interpretación.

Con el término **Occidente** nos referimos aquí a una gran **área cultural**⁴ desarrollada en Europa durante los últimos 2,500 años, como producto del aporte de las culturas greco-romana, judeo-cristiana, germánica y árabe-islámica, principalmente. En los últimos 500 años, el Occidente ha recibido también influencias de otras culturas con las que ha tenido contacto: las culturas orientales, las africanas y las indoeuropeas.⁵

Los Estados comprendidos dentro del Occidente han tenido una actitud expansionista, principalmente a partir del Renacimiento, que en la actualidad llega a una estrategia globalizadora a través de su enclave en los Estados Uni-

dos de América. Esta actitud siempre ha buscado que prevalezca su imagen del mundo sobre aquellas de las regiones y sociedades que ha afectado; pero en la actualidad, la estrategia globalizadora pretende, de hecho, el establecimiento de su imagen del mundo como la única posible.

La imagen del mundo Occidental es una imagen desintegrada y el conocimiento de ese mundo refleja tal situación. Esta desintegración puede rastrearse quizá hasta la época de la Grecia Clásica, en la que se separa a la religión olímpica de los ritos de misterio y de la filosofía. Más tarde, el Imperio Romano define un ámbito propio para la administración del Estado, separándolo del quehacer religioso, y esta escisión se consolida en el año 800 de nuestra era, cuando Carlomagno es coronado como Emperador de toda la cristiandad occidental y el Papa León III es reconocido por él, como su Jefe Espiritual máximo. El Renacimiento reivindica al hombre frente a la religión y El Romanticismo lo hace frente a la naturaleza.⁶ La Revolución Industrial se afianza en este nuevo pensamiento y el conocimiento científico naciente se instrumentaliza y adquiere un carácter ideológico.

En la actualidad el Occidente reconoce, cuando menos, cuatro grandes clases de conocimiento, en concordancia con su trayectoria histórica: el sentido común, la ciencia, el arte y la religión. De estas cuatro clases, se ha privilegiado una: la ciencia, especialmente por su papel preponderante dentro de la producción económica industrial. Esta sobrevaloración ha actuado en detrimento de las otras clases de conocimiento, de manera que el individuo occidental percibe su mundo mediante un conocimiento segmentado que, por su cualidad ideológica, actúa de manera alienante.

El desarrollo del conocimiento científico no es en sí perjudicial ni carente de fundamento. Se arraiga en un sin número de éxitos en la transformación de la naturaleza y de la sociedad, que han proporcionado gran cantidad de beneficios al hombre. A nivel de sus características, el conocimiento científico se apoya en la objetividad, su sistema lógico y su verificación.

En la verificabilidad descansa la confianza del conocimiento científico,

4 Harris, 1981, pp. 321-339.

5 Cfr. Kahler, 1946.

6 Cfr. Kahler, op. cit.



así como su posibilidad de desarrollo y evolución; en ella descansa también su novedad constante y su apertura hacia el descubrimiento, siendo el factor que liga a la tradición con el cambio, así como un poderoso eje de transformación del hombre y la naturaleza. La objetividad tiene, en cambio, un papel ambiguo; por un lado controla y limita las distorsiones individuales en el conocimiento; por otro, lo reduce al ámbito de lo externo, soslayando lo que es esencial al sujeto.

En cuanto a su estructura lógica, actualmente se fundamenta en el principio de la razón práctica, aunque no exista ningún argumento de peso para reducir a la ciencia a este único tipo de racionalidad, como no sea su vinculación con la producción económica; al dominio de este único tipo de racionalidad, podemos atribuir el papel social de la ciencia como un factor cosificante del ser humano y, en combinación con la objetividad, su papel alienante.

Otra característica más de la ciencia contemporánea es su especiali-



La partida de Quetzalcóatl, Orozco

zación. Podemos afirmar que ésta procede, en principio, de la propia desintegración del mundo Occidental; pero también de un creciente desarrollo en cuanto al volumen del conocimiento científico, que hace imposible su dominio por un sólo individuo. Otro factor que ha contribuido a la especialización, ha sido el propio paradigma del trabajo científico, que induce a trabajar con objetos y universos específicos; así la especialización lleva, en consecuencia, al desarrollo de discursos especiales que dificultan una comunicación fluida entre el científico y la sociedad y aun, entre científicos de distintas ramas de la ciencia.⁷

Pero la ciencia es un producto del Occidente y como tal, se refiere a su mundo específico. Sin embargo, los occidentales hemos asumido el conocimiento científico de manera etnocéntrica, lo sobrevaloramos e imponemos al resto de la humanidad. Esta actitud etnocéntrica que, en principio tiene una función positiva de supervivencia cultural, se ha usado —y no es el único caso en la historia— como justificación para un dominio social, político y económico, manifestándose en fenómenos de marginación, discriminación,

racismo y explotación, que se afianzan y continúan no sólo en la población general, sino en los propios claustros universitarios.

El mundo Occidental no es el único posible.⁸ Trabajos empíricos contemporáneos como los de Mircea Elfade, Bronislaw Malinowski y Margaret Mead⁹—por sólo mencionar algunos— han mostrado que existen muchos mundos y que sus diferencias con el Occidente se dan tanto a nivel de sus elementos como de su historia y su estructura. Cada uno de esos mundos, tiene sus propios criterios de valor, sentido y realidad. Lo mismo sucede con el Occidente; y la ciencia, que es su producto, se refiere a su mundo específico, con sus criterios de valor, sentido y realidad. Los paradigmas vigentes en la ciencia los reflejan e introducen limitantes en el quehacer del científico, que lo reducen a este mundo Occidental.

Una imagen alternativa podemos apreciarla en la cultura mesoamericana



José Luis Hernández

7 Cfr. Bunge, 1971.

8 Cfr. Berger, 1969; también Berger y Luckmann, 1976.

9 Cfr. Elfade, 1981; Malinowski, 1974; Mead, 1979.



del siglo XVI¹⁰ y en sus elementos presentes en el México contemporáneo. Dentro de esta cosmovisión; el mundo, el conocimiento y el propio individuo, no han sufrido una desintegración semejante a la del Occidente. Esto se refleja también en la enseñanza de la población náhuatl-azteca en el siglo XVI. El cosmos era un todo dividido en 20 *planos* de creación, poblados de deidades. Lo que nosotros llamamos **hombre** y **naturaleza** ocupaban un *plano* intermedio en constante comunicación con las deidades. Los dioses, mediante su sacrificio, se habían convertido en las fuerzas personalizadas que animaban a la naturaleza; ésta alimentaba al hombre, y el hombre debía, en correspondencia, alimentar a los dioses mediante su propio sacrificio. El hombre tenía en sí mismo un elemento de carácter divino: su sangre, que **Quetzalcóatl** —su deidad creadora— había puesto en él como elemento vital. Los Mesoamericanos no diferenciaban entre naturaleza y cosmos divino, por lo que la estructura de ambos no sólo era semejante, sino la misma. El propio ser humano estaba estructurado de la misma forma. Así, conocer el cosmos, era conocer la naturaleza y al hombre

mismo. Por lo tanto no hay lugar para conocimientos especiales o fraccionados. Díoses, hombre y naturaleza tenían un papel cósmico necesario para el sostenimiento de la creación. El hombre no era un ser caído, en tierra maldita, dejado a su suerte por su creador, separado de su origen divino y condenado a un destino incierto en este mundo y en el posterior a la muerte. El destino de los Mesoamericanos estaba prefijado por su fecha de nacimiento, incluyendo su papel social y su destino *post mortem*. En un mundo así, la ciencia Occidental es inviable y carente de sentido.¹¹

La educación en el mundo náhuatl-azteca era impartida por los **tlamatinime** —los sabios— quienes no solamente eran individuos instruidos sino predestinados, que tenían una relación constante con entidades que nosotros llamaríamos deidades numinosas, espíritus de personas fallecidas y guardianes de la naturaleza. La educación que impartían era un arte que denominaban **tlacahuapahualiztli**. Este arte comenzaba en el seno familiar, pero su base principal se daba en los **calmecac** y **telpochcalli**. En éstos, la

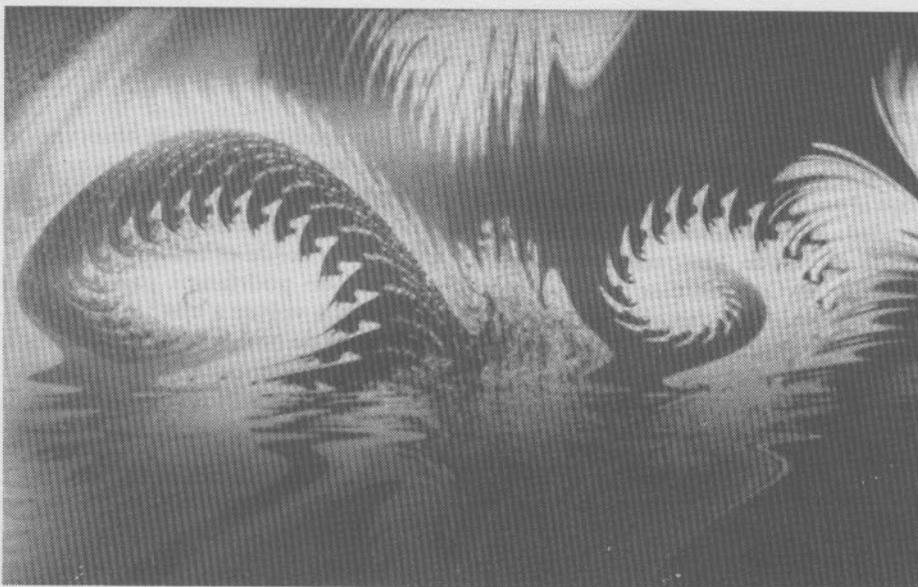


Priss/Linies

disciplina era rígida, pero se buscaba crear hombres de *rostro sabio* y de *corazón firme*, es decir, de una acción sabia hacia afuera y de una firmeza y autocontrol en el ámbito interior.

Los **tlamatinime** fueron perseguidos y muertos en su mayoría durante el siglo XVI y sólo quedaron algunos de sus herederos en regiones marginales e inaccesibles, donde han mantenido su conocimiento en secreto, transmitiéndolo sólo a unos pocos que lo han conservado hasta la actualidad. Nosotros podemos estimar esta formación como una que proporciona integralidad al individuo, que se proyecta en la sociedad misma y en su quehacer cotidiano; por esta senda se mantenía, la integridad del mundo.¹²

El México contemporáneo es el producto del choque de dos mundos que comenzó con la Conquista en el siglo XVI. En este proceso, los mundos en

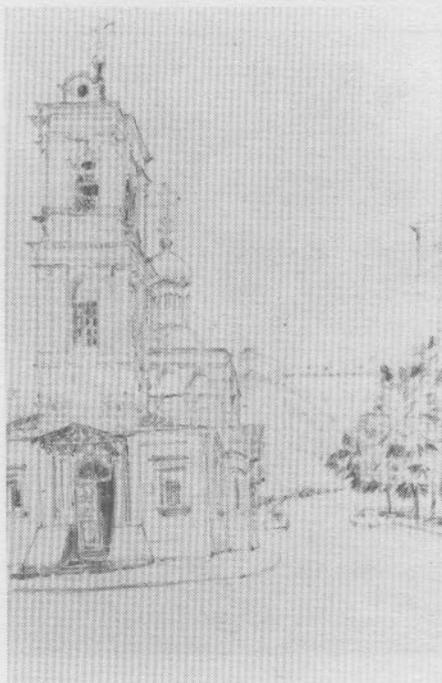


Priss/Linies

10 Mesoamérica es una región cultural-arqueológica, caracterizada como una región de alta cultura. Al respecto, Cfr. Palerm, 1967, pp. 233-279.

11 Cfr. León-Portilla, 1974.

12 Cfr. León-Portilla, op. cit.



Martín Reyes

juego quedaron jerarquizados, pese a los esfuerzos españoles por eliminar al mundo Indígena; esos esfuerzos fueron en gran medida infructuosos, principalmente por el predominio numérico de la población indígena. Los criterios de valor, sentido y realidad Occidentales se impusieron a toda la población, por medio de la fuerza militar, las leyes y la conversión religiosa. Esta situación se mantuvo casi sin cambios a través de la Guerra de Independencia, llegando a la Revolución de 1910, que con sus grandes movimientos migratorios, modificó sustancialmente la situación. La población mestiza emergente —que hoy es más del 90% del total— ha combinado los mundos Occidental y Mesoamericano dentro de sí misma, con diferentes grados de mezcla y coherencia.¹³

Esta mezcla interior de mundos en el México contemporáneo ha planteado ventajas y desventajas. Entre estas últimas, podemos señalar la ambigüedad con que los mexicanos abordamos el conocimiento científico Occidental. Por

ejemplo; un estudiante universitario, que pretende convertirse en un científico profesional *sentirá* que lo que aprende es *lo correcto*; y otra parte de sí mismo, le dirá que aquello es incoherente o inadecuado, por lo que su conciencia no sabrá las razones. La imagen del mundo Indígena ha sido y sigue siendo estigmatizada; pero tales estigmas están también dentro del propio individuo, que niega y oculta una parte de sí mismo,¹⁴ parte que se manifiesta en actitudes contraculturales y, a nivel del aula, como resistencia y desinterés. Vista superficialmente, esta dualidad de mundos, puede estimarse como una causa del bajo rendimiento del estudiante y aun del profesional; por otro lado, puede verse como una fuente de creatividad y alternativas, casi inexplorada. Desde luego, el cultivo y desarrollo de esta fuente potencial, difícilmente puede ser logrado con los criterios y métodos de la ciencia Occidental que se le oponen. Es una tarea para la interpretación intercultural, que ha de pasar necesariamente por la reivindicación previa de la cultura y la cosmovisión indígena de nuestro propio interior, y esto implica romper con algunos tabúes del conocimiento concebido al estilo de Occidente.

La ciencia de Occidente privilegia las funciones psicológicas del pensamiento racional y la percepción sensorial.¹⁵ Niega, en cambio, la idoneidad de la intuición y del sentimiento, que son las vías de la religión y el arte bajo el argumento del respeto a la objetividad. Veamos ahora este panorama desde el mundo Mesoamericano: ¿no será que el Occidente se ha olvidado de cultivar adecuadamente y de desarrollar el sentimiento y la intuición?, ¿no será que el científico ha dejado en el camino de su formación académica la mitad de sí mismo?

La ciencia marca límites para su acción y conocimiento, bajo criterios que ella misma establece.¹⁶ Fuera de esos límites, el conocimiento aparece



Juan Mario

como caótico, inconsistente o carente de base sólida. Fuera de esos límites, están la religión, el arte, así como las humanidades, que conforman la base que el hombre Occidental tiene de sí mismo. Desde la perspectiva del mundo Mesoamericano: ¿no será que esos límites son sólo una hipóstasis? El mundo en sí no tiene tales límites. En consecuencia, ¿cuál es la dificultad para trascenderlos?

La ciencia parte de la observación de los hechos y debe volver a la confirmación por la misma vía.¹⁷ El valor de esta estrategia es innegable. Pero visto desde el mundo Mesoamericano: ¿no podríamos partir de una intuición y volver a ella?, ¿no podríamos partir de un sentimiento y volver a él? Algo más audaz y temerario: ¿no podríamos partir de un contacto con lo numinoso para culminar con la obser-

13 Cfr. Ricard, 1982; también Lafaye, 1985.

14 Cfr. Paz, 1950

15 Cfr. Bunge, Op. cit.

16 Cfr. Idem

17 Cfr. Ibidem



vación de los hechos, la intuición o el sentimiento para confirmar el conocimiento por esta misma vía?

La ciencia es un conocimiento especializado.¹⁸ Esta característica tiene un papel ambiguo. Veámosla ahora desde el mundo mesoamericano: la especialización en la acción no implica necesariamente una especialización en el conocimiento. La especialización en la acción proviene de una predestinación y no de un capricho personal o vocación. ¿No sería interesante conocer nuestra propia predestinación?

La ciencia es sistémica.¹⁹ El argumento básico para sustentar esta característica es la coherencia lógica. Pero esta inquietud ha llevado, especialmente en las ciencias sociales, a reducciones forzadas y a caer en el dogmatismo de las corrientes de pensamiento. ¿Por qué todo el conocimiento tiene que estar interrelacionado?, ¿no puede haber, y de hecho los hay, cabos sueltos?, ¿no puede haber conocimientos incomprendibles, aunque sólo sea tempo-

ralmente?, ¿cómo podríamos, entonces, conocer lo nuevo?

La ciencia busca la explicación como meta fundamental.²⁰ Esta meta no es criticable, es su uso más allá de la ciencia lo que ha arrojado resultados virtuosos o perversos. El científico contemporáneo pretende casi únicamente este tipo de conocimiento, unilateralizando al mundo y a sí mismo. ¿no es la explicación una referencia a lo externo?, ¿no es necesario también el conocimiento interior?, ¿el conocimiento de sí mismo puede ser alcanzado únicamente por la vía de la explicación?, ¿no se requiere aquí, básicamente, de comprensión y la interpretación resultante?

La ciencia se pregona a sí misma, siempre abierta a nuevos conocimientos.²¹ Y en cierto sentido así es, pero tendríamos que develar una condición no-manifiesta: *siempre y cuando esos conocimientos se reduzcan a las categorías conocidas y aceptadas*. La antropología contemporánea está llena de ejemplos provenientes del trabajo empírico donde

esto no es posible. ¿Qué diría el mundo Mesoamericano al respecto? Tal vez diría algo como esto:

Durante siglos hemos estado compartiendo con ustedes conocimientos de sabiduría milenaria.

Les hemos transmitido alternativas provenientes de inteligencias superiores, que pueden ver más allá de nuestra corta perspectiva.

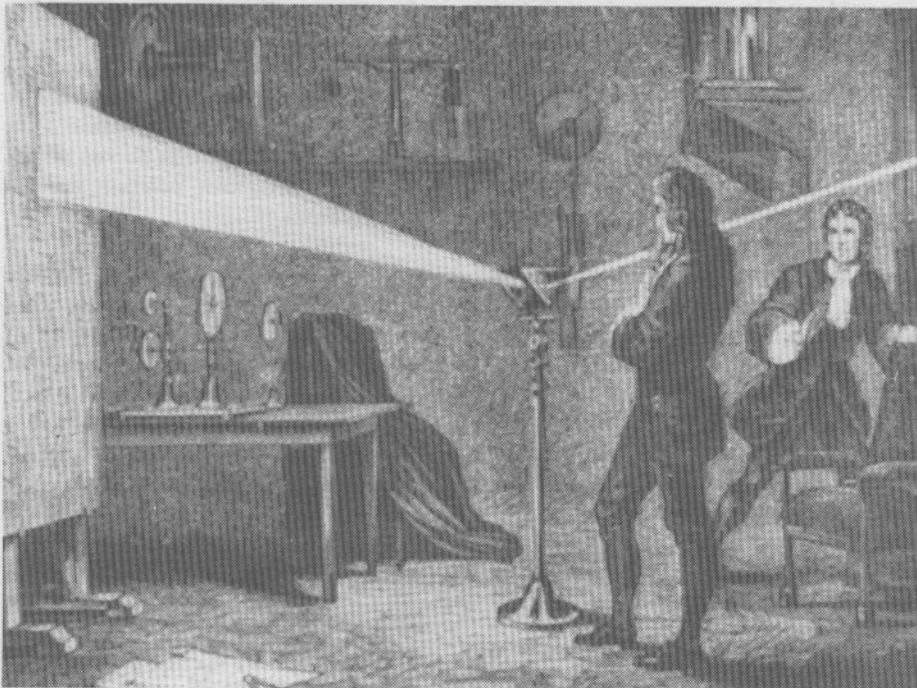
Hemos tratado de cultivar juntos la armonía y de convivir en paz buscando el bienestar de todos.

Pero ustedes no nos han oído. No han querido entender nuestras palabras. La soberbia los ha vuelto sordos, la ambición los ha vuelto ciegos. El miedo a la diferencia los ha hecho intolerantes.

Al final de su camino los espera sólo la destrucción y la muerte.

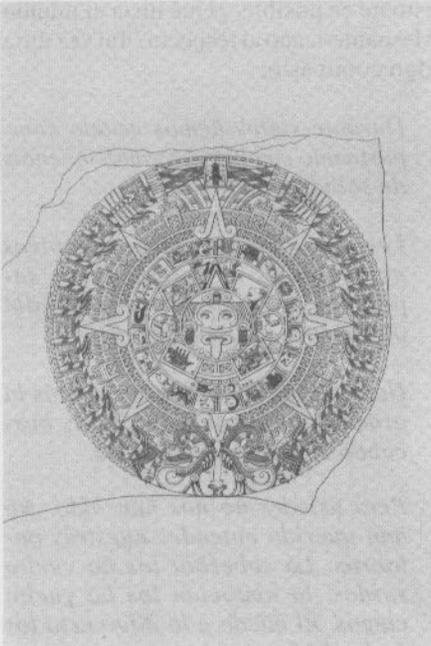
Tenemos que caminar todos juntos, como lo hicieron los propios dioses al principio de esta creación.

La tarea de acercamiento entre mundos diferentes es una tarea de comprensión. Es necesario aceptar una variabilidad individual en la comprensión de un mismo hecho, pero también es necesario señalar que hay un elemento básico común, que posibilita la comunicación y la interacción. La comprensión se comunica por medio de la interpretación. Pero la interpretación que se ha ensayado es de un orden distinto a la planteada por los hermenéutas de los siglos XVIII y XIX. Esta, se refiere a contenidos bíblicos e históricos, que son antecedentes de nuestra propia cultura y mundo.²² La que se ha presentado aquí es una interpretación de orden intercultural. En



Priss/Limés

18 Cfr. Ibidem
19 Cfr. Ibidem
20 Cfr. Ibidem
21 Cfr. Ibidem



Priss/Linies

un caso, va del presente al pasado; en el otro, va de un mundo a otro con posibilidades intermedias. Los antropólogos han intentado la interpretación intercultural como una técnica profesional, recomendando la residencia prolongada en la comunidad de estudio y el aprendizaje de la lengua nativa.²³ Sin embargo, esto no es suficiente, podríamos añadir: debe haber un interés en el investigador por adentrarse en los valores y modos específicos del mundo en el que se introduce. El proceso no es automático, como bien pueden atestiguarlo muchos inmigrantes y sus descendientes en todo el orbe.

El problema de Occidente para la realización de la interpretación intercultural, es su propia actitud etnocéntrica con sus consecuencias contextuales. Esto se aprecia claramente en la actualidad, cuando el Occidente ha empujado una especie de cruzada globalizadora, no para el establecimiento de una cultura que fuera el producto del aporte de distintas culturas particulares, sino para el establecimiento de la suya, como la única posible. En su intento, no

sólo ha exportado sus valores, sentidos y criterios de verdad, sino también sus problemas, sus crisis, sus inconsistencias y su falta de alternativas. Bastaría plantear las siguientes cuestiones para darnos cuenta de ello: ¿la democracia occidental, en su versión contemporánea, es la mejor opción de gobierno para todos los pueblos?, ¿las estrategias económicas metropolitanas son las mejores opciones en todos los contextos sociales contemporáneos?, ¿las instituciones sociales de Occidente son las mejores y más sanas para toda la humanidad, independientemente de su historia y su situación actual?, ¿el hombre y el conocimiento Occidentales desintegrados son el ideal al que todos debemos aspirar?

La esperanza no debe ser reinventada sino redescubierta. Siempre estuvo allí, pero la visión unilateral del mundo no nos ha permitido verla. La esperanza no está en el futuro, sino aquí y ahora, dentro de nosotros mismos, en ese otro mundo que también es parte nuestra. Lo mismo podemos afirmar con seguridad para toda la América Latina, el África Negra, el mundo islámico, para todos los pueblos asiáticos, y para la multitud de sociedades y culturas de Oceanía. Todo lo que tenemos que hacer es ver los problemas de otra manera.

Desde la perspectiva intercultural, la integración del conocimiento puede ser un falso problema, si se le considera como un problema global. Es un problema del Occidente, producto de su historia particular, en la que hombre, mundo y conocimiento, se han desintegrado. Pero en otro sentido, los mexicanos contemporáneos, en tanto herederos legítimos de Occidente, somos también partícipes de sus problemas. Sin embargo, aquí podemos acudir al recurso de la interpretación intercultural, que para nosotros tiene su base natural, esa dualidad de mundos que es nuestra característica esencial.

¿Qué nos ha impedido hacer esta interpretación intercultural de los pro-



Priss/Linies

blemas? Durante el Virreinato fueron las leyes, la religión española y los valores dominantes. Durante la época Independiente, los prejuicios del sector social criollo dominante. Después de la Revolución, la acción imperialista de los países metropolitanos son los que imponen sus valores y criterios. Pero todo esto ha sido también un falso problema. El espíritu es libre, a menos que nosotros mismos lo sometamos al dominio de la alienación en cualquiera de sus manifestaciones: religiosa, política, económica, etcétera.

Desde este punto de vista, la falta de integración del conocimiento es un falso problema. Se dice que cuando un problema no tiene solución, o está mal planteado o no existe. Veamos la primera opción: planteado correctamente el problema se tendría que preguntar ¿por qué está desintegrado el conocimiento en Occidente? La respuesta nos remite de manera necesaria a su trayectoria histórica específica. Por otra

22 Cfr. Freund, 1975, cap. III
23 Cfr. Bennett and Thaiss, 1973; también Harris, 1981, cap. 20



parte, su falta de universalidad empírica salta a la vista, según lo expuesto anteriormente, y el segundo planteamiento sería falso. Pero en ambos casos, la respuesta posible, según se desprende de todo lo anterior, resulta en una *verdad de perogrullo*: hay que pensar el conocimiento de una manera diferente.

■ Bibliografía

-Bennett, John W. & Gustav Thaiss, *Survey Research in Anthropological Field Work, A Handbook of Method in Cultural Anthropology*, Raoul Narroll & Ronald Cohen (eds.), N. Y., Columbia University Press, 1973.

-Berger, Peter, *El Dosel Sagrado*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.

-Berger, Peter y Thomas Luckmann, *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

-Bunge, Mario, *La Ciencia, su Método y su Filosofía*, Buenos Aires, siglo Veinte, 1971.

-Elíade, Mircea, *Mito y Realidad*, Barcelona/Punto Omega, 1981

-Harris, Marvin, *El Desarrollo de la Teoría Antropológica*, Madrid, siglo XXI, 1981.

-Kahler, Erich, *Historia Universal del Hombre*, México, FCE, 1946.

-León-Portilla, Miguel, *La Filosofía Náhuatl*, México, UNAM, 1974.

-Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, México, FCE, 1985.

-Malinowski, Bronislaw, *Magia, Ciencia, Religión*, Barcelona, Ariel, 1974.

-Mead, Margaret, *Adolescencia y Cultura en Samoa*, Buenos Aires, Paidós, 1979.

-Palerm, Angel, *Introducción a la teoría etnológica*, México, Universidad Ibero Americana, 1967.

-Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, México, FCE., 1982.

